

EL RINCÓN DE LA ARAÑA

Seudónimo: Foster

Categoría B: Relato adulto

He vuelto a casa tras una jornada de trabajo de oficina, monótono, insufrible y agotador. Aún no había salido el sol mientras llegaba a la oficina y, al salir, la tarde, en un invierno frío y húmedo, se ha transformando en noche y lluvia al tiempo que he abierto la puerta de mi piso. Así transcurren mis días: entre el hastío del trabajo y la soledad que me recibe y castiga.

Sin tiempo –ni ganas- para otra cosa que prepararme un ligero tentempié, que como sin apetito, hojeo con desgana el periódico de ayer, y busco entre sus páginas la programación de una televisión que no encenderé, o las películas de los cines a los que no voy a ir. Las noticias son meras columnas llenas de palabras o fotografías, a cual más nimia, más enojosa.

Nada tiene sentido ahora, ni siquiera respirar, menos aún caminar de un lado para otro, o subir las escaleras y acostarme en una cama que parece más un féretro que acoja mi cadáver andante. Estoy cansado. No, aún peor: me siento hastiado. Un tedio infinito habita en mí desde no sé qué momento. Tuvo que surgir de improviso, como una tormenta de verano. Pero, igual que ella, ha sido feroz y despiadado, y ha dejado mi alma seca y estéril. La soledad, que en otros momentos he buscado con ahínco y necesidad, me resulta insoportable ahora; pero detesto al mismo tiempo la compañía del resto de seres humanos. En ese absurdo tránsito por el mundo. Sin meta, sin fines, sin ideales, me retuerzo en una agonía invisible para los demás, pero tan dolorosa como si la provocase la peor de las enfermedades o el más experto de los torturadores.

Busco con ansiedad el sofá donde poder recostarme. Junto a él, la luz de la lámpara de pie, de mortecino halo, ilumina parte de la estancia. Mis pies, libres del molesto calzado, se apoyan en los reposabrazos del sofá, y mi cabeza se acomoda en un cojín moteado de colores apagados por el tiempo. Así, tumbado a lo largo, entrecierro los ojos y me acostumbro a las penumbras. Pero mi mente no descansa, y algo en su interior me azuza, se clava en mis ojos y me insta a mirar más allá de la propia habitación. Quiere que atraviese las paredes y el techo, y otee horizontes nuevos, pero estoy ciego y mis pies me pesan tanto que cualquier movimiento es

dolor insoportable. No puedo hacer nada, y ni siquiera me esfuerzo en intentarlo. Pero, al echar un vistazo arriba y escudriñar el vacío, he descubierto la araña en el rincón.

Es diminuta; casi sería invisible a mi mirada si no fuese por esa luz que expande la lámpara y que, curiosamente, ilumina con uno de sus haces esa escondida esquina. Me resulta curioso que pueda ver esa nimiedad de ocho patas y, sin embargo, sea impotente para descubrir el cielo sobre mi cabeza. La araña, ajena a mi presencia, trenza su red en su recóndito refugio del salón. Ahí arriba, alejada de todo, teje con sus ágiles patas su seda mortal con un dibujo que, por momentos, me parece más elaborado que todo el arte contemporáneo que haya visto hasta ahora.

Derrumbado en el sofá, he contemplado su labor durante mucho tiempo. Con una paciencia que envidio, el arácnido se ha movido de un lado a otro a través de su fina hebra, aunque provocaba la sensación de que caminaba por el aire o danzaba con las propias sombras que provocaba. ¡Retorcidos fantasmas de la imaginación! La luz de una farola de la calle, agonizante, que se filtraba por la ventana, junto a la de la lámpara encendida, creaban figuras falsas, movientes, que hacían crecer al animal más allá del tamaño de un simple botón, y lo asemejaban más a un monstruo salido de la más terrible de las pesadillas. Su rapidez también me ha dejado pasmado: no imaginaba que pudiera realizar sus movimientos con tal agilidad y destreza, casi imposibles de lograr cuando se hacen aceleradamente. Pero, al contrario que los seres humanos, pobres ingenuos que nos creemos dioses sin ser otra cosa que barro malformado, no confunde la velocidad con la precipitación y sus genes, tan sabios que rozan la perfección, manejan los tiempos con sabiduría de dioses.

Teje con destreza, y se balancea en el aire, y es invisible su red a no ser que se observe con detenimiento –y se tenga buena vista- ese lugar concreto. En el apartado rincón de la habitación, lejos del alcance de la escoba y el cepillo, barredores de naturaleza, y de las manos del ser humano –ávidas de destruir aquello que no comprenden- el bichito termina su labor y se esconde en las sombras, a la espera de una víctima incauta.

La araña se queda quieta, inmóvil, como si toda ella formara parte del paisaje desde siempre, implantada allí por la misma mano que delineó muebles, construyó tabiques o pintó techos en blanco y gris. Ni la luz ni el aire agitado por las puertas que se entreabren la inquietan. Solo el ligero vibrar de su red, cuando algún insecto

imprudente queda atrapado en ella, hace que se mueva raudamente hasta llegar hasta su presa y enredarla más y más en su seda, para convertirla en un amorfo capullo del que extraerá su alimento para las semanas siguientes. De eso también he sido testigo durante este tiempo de observación.

Pasan las horas como disciplinadas hormigas camino del hormiguero. La noche atraviesa la ventana de la habitación, y entonces la farola de fuera languidece y muere definitivamente. Apago la luz de mi habitación, porque quiero buscar el sueño, y la oscuridad me observa con ojos ciegos pero escrutadores de almas. Ha llegado un momento en que no siento mi propio cuerpo, como si me hubiese alejado de él, atemorizado por la estúpida tragedia en la que se ha convertido mi vida. Mi alrededor se ha transformado en una gruesa red que impide mis movimientos... y me ahogo, me asfixio en una vida que no es vida. Presiento, aún en esta soledad rodeada de tinieblas, la maniobra sutil de la araña sobre su tejido etéreo pero resistente, y lamento mi propia debilidad. La misma que me ha atado, con cuerdas invisibles, a un mundo que he descubierto vacío de contenido. Toda la vida desperdiciada, todo banal, pasajero. Mi tiempo no ha existido sino para llenar el continente de todas las penas.

Cierro los ojos. Los aprieto con fuerza hasta hacerme daño y luego, con temor infantil, los vuelvo a abrir. La tiniebla es ahora menor, casi se convierte en un gris mortecino de cementerio. Sin quererlo conscientemente he fijado mis pupilas en esa esquina donde debe permanecer la nunca ociosa araña, y solo he descubierto mi propio sofá, vacío de cuerpos y almas. ¿Qué ha pasado? , me pregunto en la duermevela, porque estoy convencido de que he debido quedarme dormido y estoy caminando en sueños hasta otro lugar de la habitación.

Me he desplazado a otro sitio, lejos del sofá y cerca de una esquina del salón que ahora me parece enorme, gigantesco, como si hubiera crecido en tamaño durante mi sueño. O como si yo hubiese menguado hasta convertirme en un mero insecto, como en una de esas viejas películas de serie B.

Agito mis manos, pero éstas apenas se mueven: siento en mis muñecas la presión de una soga que las ata y limita sus movimientos. Tampoco mis pies me responden: también están aprisionados por la cuerda invisible. Estoy dormido, debo estarlo y el sueño provoca esta alucinación, que parece tan real... que por vez primera el pánico llega hasta mi garganta, aunque sin lograr pasar de mi boca, que

enmudece, ahogada en su propio espanto. El aire vibra a mi alrededor, como si tuviese vida propia.

Debajo de mí sigue ese sofá, en el que aún observo la manta con la que me he cubierto hasta hace unas horas y el cojín donde he apoyado la cabeza. Lo veo todo con total claridad, a pesar de que el salón está a oscuras y la noche tiene ausencia de lunas. Mis ojos se han acostumbrado a estas tinieblas espesas, y son ahora los de un gato o un mochuelo. Por eso, cuando vuelvo a girarme para intentar liberar manos y pies veo, con espasmo, que otras cuerdas están enredadas a mi cintura, mis muslos y mi torso. Compruebo, con horror que se acrecienta, que cuanto más me agito más exprimen mi cuerpo, enredándome, haciéndome sangrar muñecas y tobillos. ¿Qué terribles pesadillas nos deparan nuestros desvelos? ¿Qué dramas se ocultan en los vericuetos de la mente? Grito sin voz hacia una habitación enorme, infinita, donde los muebles parecen contruidos para gigantes y las paredes son enormes rascacielos. Y entonces, solo entonces, comprendo en qué parte del salón me encuentro.

La red se mueve aunque ya no me agito, agotado en una lucha inútil por liberarme. La red se mueve al ritmo que marcan ocho delgadas y peludas patas. Giro la cabeza, con lentitud cargada de miedo y veo, con ojos de insecto cautivo e inofensivo, al arácnido acercarse hasta mí, con sus ojos múltiples, inhumanos, fijos en mi cuerpo. Grito, con voz muda y llanto en el alma.

La oscuridad vuelve finalmente cuando las últimas hebras de la araña tapan mis ojos y me transforman en una nueva y anónima víctima, atrapada en un capullo colgado de la tela de la araña en una esquina olvidada del comedor, presta a ser devorada.

FIN.